



El Eco de la Cruz

PAX VOBIS

Año XL Zaragoza, 1 Julio 1938. - II Año Triunfal Núm. 919

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 10.

Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ: General Franco, 1, Almacenes del Portillo.

Saludo a Franco «Arriba España»

pero que sea adecuada para el hombre.

Y necesita sol, higiene, esparcimiento, recreos, transportes, viajes...

Necesita el cultivo de su espíritu.

El hombre sin instrucción es una pobre bestia.

La ciencia es la que ha traído el progreso de la humanidad.

Es preciso instruir a los hombres para hacer una humanidad elevada, llena de progreso y adelantos, que sepa utilizar todos los recursos infinitos de la naturaleza y logre el bienestar del mundo.

La gente ha quedado sorprendida ante las maravillas de la Mecánica, de la Física, de la Química... Se ha visto envuelta en un mundo de ensueño, con submarinos que se hunden en los abismos misteriosos del mar; aeroplanos que vuelan a miles de metros sobre las nubes, dejando rezagado al huracán; trenes que cruzan como una exhalación; barcos gigantes como ciudades flotantes; la magia del cine, del gramófono, de la radio... Una vida de vértigo, de novedades y de lo desconocido y aun de lo absurdo.

La Ingeniería, la Medicina, la Industria, el Arte padecen el mismo contagio de grandeza y superación.

El mundo se ha preocupado con el mayor afán de todas estas cosas.

Se ha puesto el mayor interés en la comida, en las necesidades materiales. Un jornal más elevado, unas pesetas, unos reales más, justificaban estridencias, violencias, odios, tiros, muertes, perturbaciones generales, aun la misma revolución. Un puesto más elevado, un cargo bien retribuido mere-

cía todas las claudicaciones y atropellos de la conciencia.

Las fundaciones, los presupuestos, atendían con largueza la enseñanza, los servicios sanitarios, escuelas, sanatorios, pistas, parques... bibliotecas, revistas, monumentos... Todo lo que signifique utilidad material.

Y prácticamente el mundo se había acostumbrado a no contar con Dios; poco después Dios pareció un intruso impertinente. Después se le silenció con todo rigor. Luego se le proscribió y por fin se le ha perseguido con el mayor encarnizamiento.

Aun entre los cristianos hay muchos paganos.

Son verdaderos idólatras.

Idolatría de la ciencia.

Idolatría de la industria.

Idolatría de los negocios.

Idolatría del dinero.

Idolatría de la salud.

Idolatría de la Instrucción.

Idolatría de la Cultura.

Idolatría del Arte.

Idolatría de la comodidad.

Idolatría del placer...

Porque Dios ha dicho: "Amarás a Dios sobre todas las cosas".

Pero hay muchos que anteponen la Ciencias, o la salud, o la comodidad, a Dios. Estos son verdaderos idólatras.

No tendrán la estatuilla del ídolo, ni el altar, ni sacrificarán víctimas como los antiguos, ni le queman incienso; pero lo adoran en su corazón y le sacrifican todas las demás cosas; sus placeres, su tiempo, su salud, hasta su fe y su conciencia y su porvenir eterno.

TOMÁS

El predominio material

Hemos vivido durante muchos años en un ambiente de depresión espiritual. Era el predominio de lo material. No se puede dudar de lo material.

Nadie duda de las necesidades materiales. Es preciso comer, se decía.

Y aun se citaban aforismos axiomáticos de filosofía que piden el primer puesto de interés para la vida.

Pero era necesario comer de un modo decoroso, como corresponde a una persona.

También el vestir es indispensable. Y vestir con arreglo a su clase, a la época, al tiempo, al uso.

El hombre necesita también casa;

A la Virgen del Carmen

¡Virgen del Carmen,
¡oh, Madre mía!
guarda mi alma
toda la vida!

Bajo tu manto
vivo tranquila;
tu escapulario
mi alma cobija.

Es mi defensa,
es mi alegría,
es mi coraza,
es mi delicia.

Es mi nobleza,
¡Madre divina!
es tu ternura,
¡oh, Madre mía!

Mi santa madre
siendo yo niña
me puso al cuello
tu santa insignia.

Su último encargo,
cuando moría,
entre sollozos
y entre sonrisas,

mirando al cielo,
dijo: ¡hija mía!
tu madre muere,
se va tranquila,

deja a tu cargo
Madre más digna
¡Virgen del Carmen,
toma a mi hija!

Y este uniforme
de tus milicias
cubre mi pecho
de noche y día.

Hasta que suene
de mi partida
la hora suprema,
y fortalecida

con tus auxilios,
y revestida
de escapulario
muera y reviva

y ya a tu lado
Virgen María,
goce contigo
la eterna dicha.

MARÍA DEL CARMEN



TRIBUNAL BARATO

—¡Macario...!

—...

—¡Macario...! ¡Macario...!

—¡Señor...!

—¿Dónde te metes? ¿Qué haces?

—Que m'hi endormiscan una miaja. Y le quería preguntar una cosa, usté que lo sabe todo.

—¿Yo?

—Usté es Mago y tié que sabelo todo. Por eso viene la gente al Tribunal.

—No digas necedades. ¿Qué querías preguntar?

—A ver cuándo se va a acabar el calor.

—Como siempre, cuando se acabe el verano.

—Es que no se pué respirar, que s'ahuga uno.

—Aun no te has ahogado.

—Ahura si que l'emporcau usté. ¿De modo que usté quí que m'ahugue? No me l'hubía pensau nunca de usté. Miusté lo que son las cosas. Aunque me l'hubían jurau. Con la lay que l'hi tenido yo siempre al señor Mago, que ya escanse, y a usté, que ahura es lo mesmo. Y salime ahu-

ra con esas... ¡Que m'ahugue! ¡Más valdría, así no vería uno lo que tiene que ver en este mundo!

—Pero qué líos armas sin ton ni son. No digas sandeces. ¿Qué es lo que querías, que vas siempre con muchos rodeos y misterios para cualquier cosa?

—Qu'eso ya lo sabía yo, qu'el calor s'acaba cuando se remata el verano. Eso cualquier lo sabe.

—¡Claro!

—Pero hay muchas maneras de acabar el calor; hay algunos, y hacen mu bien, que yo no los hi de murmurar por eso, que se van a San Sebastián u a otro sitio del mar y lo pasan tan ricamente; pa'llos ya s'acabau el calor, mientras tanto nosotros, yo pal caso, paice que me regalo gota a gota y a chorros ande estoy qui hago una balsa, que m'hi quedau en los güesos, que da compasión de verme y no soy conocido; que los que vienen al Trebunal no me conocen y s'adolecen de mí. El otro día m'hicia una pobrecica mujer, ¿pero usté es el señor Macario? Ni cono-ceme, ya ve usté.

—¿La conocías tú a ella?

—¿Yo, de qué?

—Pues entonces ¿de qué te había de conocer ella?

—Hubía sido lo mesmo. Si me lo dijo; yo me paicia que estaba usté gordo; y es qu'el calor me mata. ¡Güen señor Mago qu'en gloria esté! qu'era un santo! ¡Y qué veranos me pasé en San Sebastián!

—Ahora, ni hablar de eso. No se debe pensar en veraneos. Hay que pensar en el verano que pasan los soldados de España, con la muerte siempre rondando a su lado, las horribles fatigas del sol, de la sed, de las marchas... y no piensan más que en Dios y en la Patria. ¡Viva mil veces nuestro glorioso Ejército!

Es preciso que pensemos menos en nuestras comodidades, que sepamos padecer un poco más para que ellos padezcan un poco menos; que sepamos privarnos de alguna cosa y gocemos procurándoles un poco de bienestar y de cariño. En la retaguardia se debe pensar más en rezar, en comulgar, en la austeridad para atraer con nuestras oraciones y nuestras virtudes la bendición de Dios, que es el que da siempre el triunfo. Da pena oír algunas veces quejarse de cualquier nimiedad. Todo nos ha de paecer bien, todo está bien, con tal de que los soldados no carezcan de nada.

—Lo mesmo digo yo. Se lo icía al chico de la tiá Casilda la del Esquilaor, qui ha pasau más hambre en este mundo; y ahura está gordo y paice un general, qu'es ranchero. Pero a usté le convenía dejar esta faina una temporadica y podíamos ir a cuidanos a un pueblo fresco, que bien lo nesecitamos con el trabajo que llevamos; y yo lo cuidaría a usté mu bien. Y en cuanto la gente del pueblo s'enterasen, ya lo vendrían a ver a

la carrera to los del pueblo, que ya se lo diría yo...

—Pues entonces si íbamos a descansar y venían todos los del pueblo...

—No s'apure usted. Ya los recibiría yo con muchos modos y les diría que no los incomodasen, qui había venido a descansar; y si traían algo güeno lo tomaría por no hacer desprecio; qu'en los pueblos hay unas magras riquísimas, y pollos qui hace mucho que no las hi prebau y ya casi no malcordaré del gusto que tienen; y si a usted no le preba no s'apure que ya me lo comería yo, que también hay unos pepinos y calabazas que deben ser cosa güena, que engordan mucho a los tocinos; y tomates y fruta que le gusta mucho a usted... que yo por cuidalo a usted, que ya se bien lo que le conviene.

—Gracias, gracias por tanto interés...

—Y tol mundo m'avergüenza. Macario, está usted mu delgau. ¿No sale usted este verano? Le conviene salir. Y es verdá. Aunque no fuá más que a Monzabarba u a Julibol, qui hay más aire, ¡pfá...! ¡pfá...! y güeno de comer...

—Es una epidemia eso del veraneo. Hay personas que se avergüenzan de no salir como si fuera una deshonra social. ¡Qué ridiculez! ¡Y los sacrificios que se hacen; y los gastos y trampas del veraneo...! ¡Y en estos tiempos...! ¡Qué pena!

¡Basta! ¡Abre, que llaman!

(Tilín, tilín...

—¡Adelante...!

—Con su permiso, señor Mago.

—¿Qué desea usted?

—Una servidora viene a darle a usted las gracias por su campaña moralizadora...

—¿Pues...?

—Por los ataques que ha dirigido usted contra las modas indecentes.

—No es una campaña, señora. Este Tribunal y su órgano EL ECO DE LA CRUZ son un púlpito, una predicación continua de la doctrina evangélica...

—Yo le estoy muy agradecida y todas las madres cristianas dirán lo mismo. Porque no sabe usted lo que es ahora tener hijas. Me tienen frita. No son como éramos nosotras. No podemos salir con ellas, aunque las matáramos. Es preciso volverlas a fundir. En otros tiempos, bien lo sabe usted y ¡qué bien lo ha dicho! las mujeres eran recatadas; ahora son tan desenvueltas que si no las conociéramos creeríamos que eran cosa mala. Y son callejeras, no paran en casa, desobedientes, insolentes; no se les puede hacer una advertencia; nosotras somos una cosa atrasada y no pintamos nada... ¡Qué papel tan desdichado el de las madres!

—Coincido con usted en todo lo que dice ya lo sabe usted, pero lamentito tener que decirle que no tienen las chicas toda la culpa, ni aun la mayor parte.

—¡Eso falta, con los humos que tienen!

—La culpa está muy repartida y las madres tienen la mayor parte de ella...

—¡Señor Mago...!

—Ustedes se alarman y quejan de sus hijas, y con razón, pero no se fijan en ustedes mismas. ¿Usted recuerda cómo iban, en los tiempos a que usted aludía, cuando usted era joven, las madres, su madre, por ejemplo? ¿Qué les hubiera parecido ver a una señora de la edad de usted, como usted va?

No lo hubieran podido comprender. Les hubiera parecido que estaba loca.

Ya no es la insensatez desenfrenada de las modas. La locura de ahora es el huir de la edad, de la vejez y aun de la madurez; quieren parecer unas chiquillas en el vestir, en los colorines, en el arreglarse, como si pretendieran continuar en el primer plano del atractivo en competencia con la juventud que les ha sustituido. Han perdido la gravedad, la dignidad y majestad que dan los años y la maternidad; mejor dicho, parecen avergonzarse de ambas cosas y las disimulan como un defecto. Ustedes han dado el mayor relieve, el único valor, a la juventud y a la belleza; y la juventud se ha alzado con el cetro y el mando. Por eso la preocupación es lo mundano, los trajes, los atractivos, las modas. Y ustedes van a la zaga de una manera ridícula, con las faldas cortas como ellas, sin mangas, con escotes, con el pelo cortado y teñido... Por fuerza han de sentir su superioridad moral. ¡Qué fuerza tienen Vds. para corregir o encauzar?

—¡Señor Mago! no dirá usted que voy indecente, ni siquiera exagerada. ¡Si viera usted cómo van por ahí...!

Tienen ustedes la culpa principal. ¿Cómo vamos a exigir a esas cabezas ligeras y sin reflexión y envanecidas lo que ustedes no hacen?

Las jóvenes hacen mal y creo que la Acción Católica usa de una severidad que habrá de acentuarse aún; pero ustedes obran peor.

Sin ninguna contemplación ni excusa hay que ser decente e ir vestida decentemente. Dios lo manda y "su ley ha de estar en medio de nuestro corazón". Para nosotros la mayor alegría, el mayor encanto es agradar a Dios.

Pero las señoras, las madres, han de tener una estima especial del recato, que se exhale como un perfume divino del vestido honesto, hasta del color, de su porte, del semblante tranquilo y satisfecho, de la mantilla... de todo.

Me he alegrado mucho de las órdenes dadas por el Sr. Alcalde, muy oportunas, muy necesarias, pero que además revelan un profundo sentido moral cristiano. Muy bien. Es un buen criterio y una buena orientación. No dudo que las autoridades verán claro en este asunto de las modas, que no son

modas, porque la inmoralidad no es cuestión de moda; es una desviación, una degradación que hay que enfrenar para no esterilizar todas las demás grandes virtudes que están asombrando al mundo y atrayéndonos las bendiciones de Dios.

EL MAGO



Siento hoy más que nunca ansias de adoración, de gratitud, de veneración, de alegría, de expiación, de locura, que no sé expresar.

Os veo en la Hostia y gozo en adoraros con la más profunda reverencia.

Os adoro con todos los millones de ángeles del cielo.

Os adoro con todos los santos de la Iglesia triunfante

Os adoro con todos los santos del Purgatorio.

Os adoro con todos los santos de la tierra.

Os adoro con todos los sacerdotes que celebran la santa Misa.

Con todos los fieles que comulgan.

Con todas las almas que os contemplan en las solemnidades de la Liturgia católica.

Con todos los corazones que os han paseado triunfalmente en las grandiosas procesiones del Corpus.

Con todos los cristianos de esas grandes movilizaciones espirituales de los Congresos eucarísticos...

¡Ah! ¡cómo goza mi alma al veros alabado y aclamado con delirio por todas esas muchedumbres puras, amado por todo lo grande y bueno de la Humanidad y del Universo.

Y ahora más que nunca:

con más amor
con más gratitud
con más abnegación
con más abnegación

Os adoro de un modo especial con esas almas escogidas que mantienen vuestra presencia sacramental entre los rojos y viven en medio de todos los peligros y tribulaciones con alegría celestial.

Os adoro con toda mi alma, más que nunca después de este mes grande, este mes de vuestro Corazón y de vuestro Cuerpo.

J. ADELAC

Olor de Cristo

El canto de los fieles

Un día entraba yo en la habitación de D. Juan y quedé sorprendido al oír el armonium. Era D. Juan el que tocaba. ¿También sabía tocar don Juan? En aquel momento ejecutaba una de aquellas magistrales "elevaciones" de Guillemin, y don Juan ponía todo su espíritu en una adoración eucarística.

Sabía tocar y lo hacía admirablemente, y no nos habíamos enterado siquiera. Luego supimos que la beca que disfrutó en el Seminario de Teruel fué de organista y que era un apasionado de la música y que interpretaba bien las obras maestras.

Sin embargo, la música le absorbía demasiado tiempo y vió que era más preciso dedicarse a las demás actividades de apostolado. Cuando vino a Zaragoza parecía olvidado ese aspecto de su espíritu. Retoñaba lleno de frescura cuando hablaba con Agüeras y parecía renovarse, pero sin alterar su rumbo y su plan.

Pero como el apóstol, sólo piensa en consagrar a Dios todo su ser y utiliza todas las cosas para su servicio y su gloria, pronto pensó en la gloria que se daría a Dios con la música. El canto de los fieles en la iglesia...

¡Cómo le entusiasaban aquellas muchedumbres "de todos los países" como recordando el Apocalipsis, que cantaban en Lourdes ante la Virgen! ¡Qué hermosura! ¿Por qué no hacerlo aquí? Y recordaba la primitiva iglesia y las catacumbas... ¡Qué vida, aquella! Parecía otro cristianismo con un esplendor que ahora es desconocido. Era la adoración del pueblo en masa todo unido, en un pensamiento, en una sola voz, en un grito de entusiasmo y de amor. Aun en la Ley Antigua la grandiosidad introducida por David con los miles de músicos y de cantores... aquello había de arrebatarse el ánimo; era sublime.

Tenemos nosotros la realidad; a Jesús y su Ley. Pero nuestro culto ha dejado de tener la grandeza que le daba la participación activa del pueblo, "como el ruido de muchas caratatas".

Sonaba don Juan con ver al pueblo cantar. El canto es una expresión más completa, más delicada y bella, más elevada del alma. El pueblo que canta siente vibrar fácilmente su corazón, toma parte en seguida, está atento y todos piensan y dicen lo mismo.

El canto educa. Es preciso ir al compás del conjunto, a su tono. En una iglesia en que canta el pueblo, todos están atentos y devotos.

Don Juan y Agüeras sentían lo mismo y al momento se pensó en can-

tar la misa. Agüeras preparó la misa "de Angelis" y se hizo una tirada de dicha misa con letra y música.

Aquella novedad conmovió todo Zaragoza. El "Apostolado de la Cruz" parecía al Cenáculo. Se veían ante una nueva era cristiana. "¡Vamos a cantar la misa!" y se sentían con una emoción sagrada al pensar que ellos iban a participar en la misa, que la iban a decir en conjunto, en unión del sacerdote.

Todo aquello era entonces desconocido. Hubo que aprender el *Gloria*, *Credo*, etc., en latín, que parecía cosa de romanos, y luego ensayar con la inagotable paciencia de aquel gran maestro Agüeras, discípulo inseparable de don Juan en aquella época feliz. En varios puntos se reunían para ensayar y llevó esto bastante tiempo y por fin se llegó a los ensayos generales en Santa Cruz.

Llegó, por fin, el día de la Fiesta. Estábamos todos emocionadísimos; no queríamos perder una letra, ni una nota; en todo queríamos tener parte. Lo que antes menos nos interesaba ahora era lo más relevante; fué muy hermoso el sermón, pero ya teníamos impaciencia de que acabara por cantar el *Credo*, y el *sanctus* y todo. La misa aquella fué una delicia, lo más sublime que habíamos presenciado. El efecto que produjo en todos nosotros fué enorme. No se hablaba entre nosotros de otra cosa, gozábamos comentando todos los detalles y todos los aspectos y nos parecía que habíamos penetrado más en el corazón de la Iglesia y que sentíamos una renovación y elevación espiritual.

Don Juan estaba loco de contento; había el Señor superado su deseo y le agradecía una bendición tan abundante.

Entonces no comprendíamos que el pueblo no cantase y nos asombrábamos de ese silencio secular y universal. No entendíamos al pueblo presente representado por unos cantores o un coro o por un monaguillo.

Desde entonces el canto se fué abriendo camino. Ya no era un *coro* que canta unos motetes en la Comunión; es el pueblo. Y las Asociaciones, Comunidades y Colegios fueron ensayando la misa "De angelis", la misma que preparó Agüeras, que gozará en el cielo con don Juan recordando aquellos días.

Y poco después fué Pío X, el que con su "Motu proprio..." sobre la música sagrada y el canto dió la norma y un nuevo impulso desconocido hasta entonces; y se callaron los tímidos y los recalcitrantes y se ha transformado la liturgia, y son ya las pa-

EL ECO DE LA CRUZ

Administración: Pilar 10—Zaragoza

PRECIOS DE SUSCRICION			
De	1	ejemplar de cada número, al año,	2'00
2	"	"	3'00
3	"	"	3'75
4	"	"	4'50
5	"	"	5'00
10	"	"	10'00
15	"	"	12'50
20	"	"	15'00
25	"	"	16'50
30	"	"	18'00
50	"	"	26'00
100	"	"	45'00

ADVERTENCIA
IMPORTANTE

Las circunstancias actuales nos han obligado a suprimir un número de EL ECO DE LA CRUZ, convirtiéndolo en mensual.

NO APARECERÁ, PUES, MÁS QUE EL PRIMER VIERNES DE CADA MES.

Claro es que esto solamente hasta que cambien las circunstancias, y por tanto, será por poco tiempo.

Sabemos el interés con que nuestros lectores esperan y leen EL ECO... y les quedamos muy agradecidos por sus palabras bondadosas y de aliento. Ya pueden comprender que para nosotros es un sacrificio penoso esta determinación que hemos tomado bien contra nuestra voluntad.

Al mismo tiempo damos las gracias a todos los

Suscriptores que atendiendo nuestro deseo, nos han enviado el pago de su suscripción con sobreprecio.

Doña Dominica Chueca, Buñuel; Superiora de la Casa de Salud de Santa Agueda; Rvdo. D. Mariano Ladaga, Pbro., Magallón; Srta. María Aznárez, Rivas; D. Sebastián Jiménez, Pbro., Villahermosa; don Cosme Iriarte, Mañeru; Superiora del Colegio del Pilar, Vitigudino.

OBRAS DE ACTUALIDAD

La Eucaristía y la Comunión diaria, por el M. I. Sr. D. Juan Buj.—Obra de permanente actualidad. Su autor fué el verdadero Apóstol de la Comunión diaria en nuestra región y aún fuera de ella, anticipándose con clarividencia sorprendente a Pío X. Ideas luminosas, lenguaje cálido, piedad honda del alma que siente la dicha de ver y amar a Jesús en la Eucaristía.—Precio, 2 pesetas.

rruquias y los pueblos y ciudades de todos los países, de toda raza, los que cantan la misma misa y los mismos himnos para gloria de Dios.

Don Juan, fija su mirada en el Corazón de Dios, vió claro también en este punto y se anticipó, como en la Comunión, a Pío X.

JUAN DE LA CRUZ